El Eco de Cartagena

Año XXXI. DECANO DE LA PRENSA LOCAL Núm. 9037

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6'50 id.—***Provincias.***—Tres meses, 7'50 id.—***Extranjero.***—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en Paris, A. Lorette rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Lóndres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 91.

LEGIA JABONOSA

DE

OSÉ IGNACIO MIRABET.

TENIENDO SOSPECHAS DE QUE EN ALGUNOS ESTABLECIMIENTOS VENDEN OTRAS CLASES DE LEGIAS, TOMANDO EL NOMBRE DE LA DE MIRABET, Y A FIN DE EVITAR QUE NUESTROS CONSUMIDORES SE VEAN ENGAÑADOS, HE AQUÍ LOS PUNTOS DONDE ÚNICAMENTE SE EXPENDE EN CARTAGENA LA VERDADERA Y LEGÍTIMA LEGÍA JABONOSA DE MIRABET.

Cooperativa del Ejército y Armada, calle de Jara: D. Joaquín Ruiz, Droguería, Cuatro Santos; D. Joaquín Barceló, Puerta de Murcia; D. Tomás Seva, calle de Osma; D. José Ruiz Navarro, Comedias 5; D. José Romera, Castelini 1; Sta. Viuda é hijos de Pico, Verduras; Señora Viuda é hijos de Máximo Gutiérrez, Verduras 14; D. José Andreu, San Francisco esquina Palas; D. Ginés García Cañavate, Caballos 1; D. Antonio González, San Fernando 57; Sociedad Cooperativa del Obrero, Glorieta de San Francisco; D. Enrique Aragó, Droguería, Duque 17; D. Antonio Conesa, Sta. Florentina 37; D. Juan Roca, Cuatro Santos 18; D. José Pagán, Aire 8; D. Francisco González, Plaza de los Caballos 6; D. Diego García, Serreta 5, y D. Victor Martínez, Plaza Sevillano, 5.

Para más informes dirigirse al único representante en las provincias de Albacete y Murcia **Fernando Giménez de Berenguer**, Lizana 8, principal, Cartagena.

VIERNES 11 DE DICIEMBRE DE 1891.

EL MUNDO AL REVÉS

Por una pedregosa y polvorienta carretera de cierta provincia de las que solamente saben de oídas que hay ferrocarriles en el mundo, transitaba un lujoso carruaje de camino, tirado por cuatro relucientes y poderosas mulas.

Dentro del coche, y muellemente reclinados en los almohadones de los asientos, tres personas conversaban animadamente, levantando la voz cuanto era necesario para dominar el ruido de los cascabeles, el de las ruedas y las voces y trallazos que estimulando á las mulas en su animado trote, daba el mayoral desde el pescante

Los tres viajeros, vestidos con elegantes trajes de campo y adornados con refulgentes sortijas y y gordas cadenas de oro, denotaban riqueza, pero no distinción. Todos descubrían en su porte y maneras ese sello imborrable que imprime á los hombres de baja estracción, no el color de la sangre, igualmente roja en todas las clases, sino la influencia de la educación.

La conversación parecía interesante, á juzgar por la atención que mutuamente se prestaban los interlocutores, y no tenía trazas de ser discusión por el asentimiento con que todos ellos acogían las palabras del que hablaba.

—La cosa ha sido hecha de mano maestra—decía el más viejo;—la sentencia es magistral también, y ni esos miserables patanes de Villaprima tienen ya dinero para apelar, ni aunque lo hicieran conseguirían nada. Este sabe hacer las cosas...

—¡Bah!—dijo desdeñosamente el aludido—el asunto no es para tantos elogios. Otras sentencias más peliagudas he dictado y no las ha removido ni la Paz y Caridad. ¿De qué se trataba? De fallar en favor de C... un pleito que lo mismo puede decidirse en uno que en otro sentido... pues beneficio á quien me conviene y asunto terminado

—Bien puedes—exclamó entonces el tercer personaje, saliendo de la semisoñolencia de satisfacción en que hasta entonces había permanecido,—bien puedes; á fe que si buen pleito me das, buena carretera te adjudicó la Diputación por haber yo apañado la subasta. Hoy por tí mañana por mí.

—Pues si á servicios vamos—repuso el primero que había hablado—los dos me debéis toda vuestra fortuna. Sin mi influencia como senador, ni tú serías juez de este distrito, ni tú diputado provincial.

—¿Y á qué viene ahora eso? ¿Debemos acaso arrepentirnos de haber formado nuestra asociación? Los que deben deplorarla son los «Mamertos» de Villaprima, que se quedan sin sus tierras, sin sus casas y hasta sin sus aperos. ¡Buen negocio!—y el orador se frotó las manos con satisfacción, mientras los otros dos personajes sonreían maliciosamente.

La noche había cerrado por completo.

El juez sacó del bolsillo una magnífica petaca y la ofreció abierta á sus amigos; mas la brusca parada del carruaje interrumpió la acción de los que se disponían á coger el cigarro.

¿Qué pasa?—quiso preguntar el senador asomando la cabeza por la ventanilla—pero antes de que hubiera formulado la pregunta, sonó un tiro, y el viajero, lanzando un grito, cayó de bruces sobre el asiento delantero.

—¡Todo el mundo quieto!—exclamó imperiosamente una voz de hombre—¡al que se mueva le abraso..!

Y dos individuos armados de escopetas se apoderaron del cochero y de los personajes ilesos: los ataron fuertemente las manos á las espaldas y los desbalijaron á su sabor.

***

«Los Mamertos», así llamados en Villaprima, porque un su antepasado que se distinguió como atrevido cazador llevaba ese nombre, eran dos hijos y el padre, viudo desde el nacimiento del último de sus retoños.

Aunque viejo el padre, era recio y fornido, y en cuanto á los hijos, cada uno de ellos hubiera derribado un buey de un puñetazo.

Cultivando la heredad, no escaso de su familia, los tres labradores vivían en relativa abundancia y disfrutaban del máximum de dicha posible en la tierra, hasta que en cierta ocasión recibieron una papeleta de citación en la que el juez de primera instancia del partido ordenaba al «Mamerto» mayor que compareciese en el juzgado en la mañana del siguiente día.

—¿Qué será...?—dijeron los tres, mirándose unos á otros; hasta que el padre, encogiéndose de hombros, respondió:

—Sea lo que quiera; alguna declaración como testigo.—Y sin ocuparse más en el asunto, aunque no del todo tranquilo, el padre y los hijos se dedicaron á sus faenas habituales.

¡Cual sería su asombro cuando llegados en el siguiente día á la cabeza del partido, supieron que el Excmo. Sr D. C. de R., diputado provincial por el distrito, las había entablado un pleito, pretendiendo que eran suyas todas las tierras y propiedades de los «Mamertos!»

La cosa fue de veras. Alegato por aquí; escrito por allá; réplicas arriba y dúplicas abajo; pruebas que vienen y documentos que van, á los seis meses escasos los «Mamertos» habían agotado todos sus recursos, y el juez habia visto claro como la luz del día, no se sabe si por el estudio del asunto ó por el influjo de unas cartas misteriosas de cierto poderoso senador, que las propiedades eran del Excelentísimo Sr. D. C. de R. y que los «Mamertos» debían entregárselas, con más las costas, y gracias todavía.

La desesperación de los tres labradores, al saberlo, no tuvo límites. Aquellas tierras, cultivadas por ellos, iban á ser de otro. El buen viejo moriría de hambre y de pena y los dos mozos tendrían que trabajar como braceros despues de haberlo hecho como propietarios.

Al anochecer de un día tempestuoso y frío el padre y los dos hijos estaban silenciosos sentados junto al hogar de ámplia y ahumada cocina.

El reloj de la torre dió las siete.

Los dos mozos se miraron á hurtadillas, y como movidos por un secreto impulso cogieron las escopetas que estaban colgadas en gruesos clavos y salieron precipitadamente de la casa.

El viejo, que parecía insensible á cuanto le rodeaba, echó de menos á los hijos en cuanto salieron, é instintivamente dirigió una mirada á los clavos de colgar las escopetas.

—¡Oh!—exclamó;—bien me lo temía... esos chicos...—y precipitándose hácia la puerta corrió como un muchacho en dirección á la carretera vecina.

Cuando llegó, jadeante y sudoso á pesar del frío glacial de la noche los dos mozos estaban ocupados en atar codo con codo al juez y al diputado provincial, mientras el senador se restañaba con el pañuelo la sangre que le manaba de una ancha herida en la cabeza.

—¡Hijos, hijos!... ¿qué habeis hecho?...

—Coger lo nuestro, padre—respondió el mayor;—ellos nos han robado; recobremos lo que podamos.

—

Si los periódicos dieran las noticias exactas, los del siguiente día hubieran dicho:

«Ayer, tres elegantes malhechores que viajaban en un magnífico coche, fueron asaltados y robados por unos hombres de bien.

Francisco Sarmiento.

VARIEDADES

SILUETAS MADRILEÑAS

LA VIRGEN DEL «PUNTO»

Los carteros no saben nada de esto; siguen repartiendo indiferentes su correspondencia sin enterarse de que la casualidad les hace mensajeros de la dicha... Ahora, como nunca, tienen que subir las obscuras escaleras de las casas de huéspedes... Apenas existe en Madrid un estudiante de provincias á quien no escriban de su pueblo en la presente semana... Todos los dias conducen los postales peatones un manojo de sobres pequeños con la dirección en garrapatosas letras... letras... Cada uno de ellos encierra un tropel de ilusiones... Si fuera posible abrirlos, se vería que no hay epístola en que no haya «llevado la mano» la esperanza... Todas terminan lo mismo: ¿Os tomais las vacaciones el 7, como me dijiste?... Las misteriosas misivas son una proclama que lanzan desde lejos muchos corazones de mujer, una incendiaria excitación al motin que llega desde las ciudades, y que equivale á un tierno: ven pronto...

¡Y tan pronto!... Los reglamentos universitarios señalan el 23 de Diciembre como principio de la tregua de Pascua... ¡Bah! ¡Que lo señale!... ¿Quién hace caso de reglamentos? La Concepción es la patrona de los cláustros... Desde fecha inmemorial es costumbre que las clases terminen con las de la víspera de la divina Señora... ¡Pues poco que anhelaban ellos que llegara la Virgen!... Como que de quince dias atrás no pasó uno sin consultar el almanaque... ¡Pobre calendario!... El puede atestiguar con sus hojas desencuadernadas la cólera estudiantil ante la lentitud del tiempo... Cada mañana era estrellado contra la pared el infeliz librejo, por el enorme delito de decir la verdad y no poder cercenar un minuto el amargo período de la ausencia.

Ya las postrimerías de Noviembre, con su hálito de otoñal tristeza, los revoliza la nostalgia del pueblo en el alma. Los primeros albores del mes actual les suelta la llave á la «morriña», y el ansia de irse les rebosa en el pecho con la efervescencia de la espuma del Champagne que no cabe en la botella... La escopeta, el perro de caza, el potro castaño para ir á recoger la labranza, la cocina de casa alegrada por la llama del fogón, la despensa con su toldo de sartas de chorizos y morcillas, las noches de casino y de parranda, el granado del huerto que estará diciendo comedme, la gorra orejera para los dias de hielo, los torreznos del desayuno, y sobre todo, la novia, «aquella pobrecilla más buena que el pan», que le espera adorándoles, y á la que no dejan de querer á pesar de las aventuras con las modistas de por aquí, cuanto constituye el poema de su ayer juvenil y radiante lleno de la dulce atraccion que ofrece el hogar nativo contemplado desde lejos á través de los recuerdos; todo lo que dormía en su alma un poco atenuado por las francachelas con los compañeros de áula, y las tardes de billar, se les despierta de repente, dejando el sitio á un solo é imperioso deseo el de marcharse.

Llega, por fin, el dia «del golpe»... La negra cifra del 7, destacándose sobre la blanca hoja del almanaque de pared, sirve de contraseña para la insurrección... Pocos estudiantes hay á los que no salta en la mente al levantarse en tal mañana, el mismo pensamiento: hoy no se entra en clase... Espoleados por semejante propósito, van llegando al portalón de la Universidad y quedándose en el umbral hasta que la aglomeración de escolares rebasa la entrada y se esparce por la calle... Los más resueltos constitúyense en tribunos; perorar, gritan, se pasan las horas junto á la mampara verde para que ningun «maúfas» de los aduladores de la «orquesta» burle el acuerdo general; los indiferentes hacen causa común con los cabezas de motin, y los tímidos y prudentes, juzgando con natural sabiduría que nada han de sacar en limpio del alboroto, se tornan á su casa y no vuelven á poner los pies en las cercanías del edificio hasta año nuevo... La alegre turba permanece, en tanto, invadiendo la vía pública, silbando á los simones, piropeando á las muchachas y poblando el espacio de un estruendo atronador de multitud... A las diez nótanse algunos claros en las filas.. La muchedumbre se desmembra algo... Son los aficionados á la parada de Palacio que se marchan... Los catedráticos arriban en estos al templo del saber; el macizo de alumnos se abre; el profesor que llega se desliza en silencio por entre «los chicos»; todos le saludan, sin que nadie le siga, y si acude á sentarse á su sillón, únicamente se disponen á oir su plática los bancos... La ley marcial del «punto» ha que[illegible] proclama[illegible] Las vacacion[illegible] [illegible]dad [illegible] hecho.

Al día siguiente, y al otro, se repite [illegible] Los catedráticos [illegible] varias lecciones... Es preciso [illegible] tener el principio de [illegible] ¿Qué importa? Los veinte alumnos petaseros no se paran en barras... Luego, en Mayo, te proporcionarán «los apuntes»... Están rabiando por ver á la novia, y aunque las páginas de las Instituciones no valen lo que cuatro ó seis noches de pelar la pava «solitos»... Del 10 en adelante comienzan á distinguirse en los trenes, apesentados en los coches de segunda, no mal trajeados, aunque con poco equipaje, que [illegible] ciende de su rostro luminoso [illegible] gría... Son los estudiantes que van en busca de la dicha, que se dirigen á sus casas á pasar las vacaciones de Nochebuena y á libar la ventura